

CRONICA LITERARIA

"EL GOBIERNO DE
DON MANUEL
MONTT"

Por
ALBERTO
EDWARDS



En un volumen de más de 400 páginas se han publicado por la Editorial Nascimento, los fragmentos dispersos de la interpretación histórica de Alberto Edwards sobre el discutido período de nuestra política que se ha denominado «el decenio». En él se yerguen las figuras fundamentales de don Manuel Montt y de don Antonio Varas. Aun cuando este libro está incompleto y muchos otros de sus fragmentos importantes no aparecen en él, los materiales acumulados bastan para ceñir esa época tormentosa y revolucionaria durante la cual pudo organizarse la República. Montt y Varas encarnaban el espíritu inflexible de la ley; sin embargo, el período en que actuaron fué todo el de constantes conmociones y alzamientos. La tesis de Edwards aparece clara en este libro: el principio de autoridad como una norma para establecer la acción de un Gobierno progresista. A este principio nunca cedieron esos dos hombres tenaces, reflexivos y enérgicos. Por en medio de las revueltas y motines, cercados por los odios de fracciones pelucanas y pipiolas a las cuales unía el mismo propósito de acabar con el Gobierno de Montt, los dos grandes gobernantes fijaron un rumbo a la inquieta efervescencia del ambiente. Norte y Sur aspiraban a gobernar por medio de sus elementos más representativos. En la capital, otros núcleos poderosos de la aristocracia y del pipiolismo, también anhelaban tomar el Gobierno. ¿Ha variado acaso la psicología política de este pueblo?

Indudablemente se ha transformado el panorama económico, por la violencia con que hoy se presentan los factores de la crisis. Pero en el fondo, las ideologías políticas concurren a dar vida a órdenes de luchas casi iguales, que han tomado definiciones de izquierda o de derecha. La derecha se había fragmentado en el Gobierno de Montt. La izquierda, según la tesis de Edwards, valía bien poca cosa. Era una agrupación vaga y confusa... No es extraño esta observación, si tomamos en cuenta que Alberto Edwards fué siempre un devoto de los Ejecutivos fuertes. Admiraba en forma incondicional a Portales, por ejemplo, y la posición de Montt que había crecido en la

vida política con el ejemplo del mártir del Barón, le hacía ver en él al gobernante ideal de Chile. Sin duda fué Montt un hombre de extraordinarias facultades. Con un poder extraño de sugestión y de selección respecto de los hombres que debían colaborar en su Gobierno. Además, inflexible en punto a doctrina. Igual cosa ocurría a Varas.

Los círculos sociales y políticos, como siempre, modificaban la política general del país. «Hemos visto — dice Edwards, pág. 249 — transformarse poco a poco la paz absoluta de que por algunos años había gozado el país, en una de las agitaciones más violentas que registra la historia. Los intereses y rencoros personales tuvieron en ello tanta o mayor parte que las doctrinas o el fanatismo de los partidos. Descontentos los pelucos de la influencia avasalladora de don Antonio Varas y de la de un círculo que no les era grato, y temerosos de verlo entronizado definitivamente, intentaron sin éxito cambiar los rumbos de la política presidencial». Vemos que nuestra política no ha variado gran cosa. Más adelante, agrega Edwards, en la página 253, una verdad que hemos sostenido, sin jactancia de nuestra parte. Dice: «El bajo pueblo, ignorante, escéptico y nada propenso a las quimeras, hubo de mantenerse entonces, como siempre en Chile, casi por completo extraño a las agitaciones que fermentaban dentro de la oligarquía. En la capital como en las provincias, los hombres de trabajo y situación ordenada, agricultores, comerciantes, empleados y funcionarios eran por lo general manifestamente hostiles al pensamiento de una guerra civil».

Es decir, la política manejada

siempre por grupos que se hacían fuego unos a otros, con prescindencia absoluta del resto del país. La tesis de la fronda aristocrática, revolucionaria y rebelde, siempre ansiando el Poder, y que tan malos ratos le causó a Alberto Edwards, cuando la enunció en su conocido trabajo era la misma, unida a los pipiolos, tan mal tratados por Edwards, los que se habían confabulado para derribar a Montt y a Varas. Primero sirvieron de apoyo a estos dos hombres modestos y grandes y luego pusieron en práctica la célebre neumática chilena. ¿Cuál era el gran equivoco de la revolución proyectada contra el Gobierno de Montt? Veamos lo que responde Edwards, página 254: «Los iniciadores del movimiento, los que iban a allegarle recursos pecuniarios o prestigio político, pertenecían a la extrema derecha conservadora o a la fracción más moderada del liberalismo aristocrático. En cambio los hombres de acción, los que tendrían en sus manos la fuerza revolucionaria efectiva, los ejércitos y las montoneras, las ciudades y las provincias, iban a ser los jóvenes constituyentes, empapados en las utopías reformistas y los elementos demagógicos reclutados entre los descontentos del orden social».

Como se ve, nuestra política ha variado muy poco. También en aquel tiempo núcleos de arribistas, de oscuros personajes, nacidos en baja esfera, se ponían del lado de los pelucos para hacer la guerra a los gobernantes de condición social modesta. Aduladores, de oficio, cambiaban su mínima dignidad por un rozamiento con los grandes del apellido. El libro de Edwards, merece un comentario más extenso; sugiere reflexiones admirables sobre el desarrollo de la política y sociedad chilenas y presenta un cuadro vivo, animado de las revoluciones que conmovieron el Gobierno de Montt. En Alberto Edwards había la pasta de un gran historiador, con un sistema, con una filosofía. Cosa no siempre fácil de hallar entre nuestros historiadores o aspirantes.